

CARTA 8 Sobre una agenda para el mundo intelectual, universitario y docente de Latinoamérica y la afirmación de una cultura de la calidad

Proponer una agenda intelectual es una tarea con dos caras: formular una manera de pensar y formular una manera de actuar para dicha intelectualidad; por cierto ambas son dos dimensiones de la misma tarea. Esta agenda intelectual está siendo planteada para una intelectualidad que debe pensarse a sí misma en primer lugar como co-gestora de un destino para la región y ciertamente no como “intelectual orgánica” de alguna clase o “asesora” de algún gobierno dictatorial o populista, para ayudarlo a ganarse el apoyo de los incautos. Por ejemplo el liderazgo en la solución de controversias internacionales es clave para una intelectualidad continental y para una Internacional del Conocimiento, como un gran organismo de entendimiento entre los pueblos, pues existe un tonto y estrecho “realismo” latinoamericano que nos mantiene en el aislamiento, en el “orgullo nacional”, en la reglamentación de fronteras, en el estúpido trofeo de guerra, en la pobreza y en muchos casos en la miseria.

Numerosas intelectualidades, particularmente durante los últimos 2 siglos, se han ocupado de formular agendas para sus naciones, culturas, sociedades o regiones: los japoneses de la *Meiokusha* hacia 1870; los panafricanistas en 1945 luego del congreso de Manchester, los eslavófilos rusos hacia 1840; los nacionalistas-republicanos chinos durante la segunda década del XX, la corriente salafista, de *al-Manar*, dentro del islamismo hacia 1900; la generación romántica en América Latina hacia 1840; la red del *Repertorio Americano* hacia 1925 y la generación del 98 en España, son algunos de los casos más conocidos, entre muchos otros. Alejandro Korn habló de sentar las “nuevas bases”.

Partiendo de la siguiente constatación: si América Latina se encuentra en un estado claramente inferior al deseado y al proyectado, menoscabada respecto a otras regiones del mundo, con indicadores de crecimiento bajísimos en algunos rubros y negativos en otros, debe asumirse que hemos pensado mal y/o actuado mal. Los objetivos fueron inadecuados o lo fueron los medios para lograrlos. Lo más probable es que se trate de ambas cosas juntas, al menos en cierto grado.

Las siguientes serían algunas de las tareas (no jerarquizadas) para una agenda:

1-Promoción de instancias de concertación interuniversitaria e interinstitucional, como base para la generación de tareas intelectuales de mayor envergadura.

2-Creación y desarrollo de observatorios de la producción, aplicación y difusión del conocimiento, que sean adecuados a nuestra realidad para permitirnos una evaluación pertinente y una superación más rápida.

3-Promoción y el fortalecimiento de las redes de intelectuales, universitarios y docentes como formas de autogestión de la sociedad civil intelectual, tanto para los efectos directos como indirectos del conocimiento.

4-Promoción de formas de evaluación y acreditación de la educación, que permitan desarrollarla y perfeccionarla, transformándola en instrumento clave de la calidad y la honestidad intelectuales (ver a este respecto algunas ideas de Claudio Rama y algunas resistencias que detecta en la región: www.universia.edu.uy).

5-Elaboración de instrumentos para el fomento de la tecnología, sea como investigación o como producción de tecnológica, como aplicación a la vida social y económica, como fuente de recursos y como expresión de las culturas.

6-Iniciativas para el fomento de los postgrados como formas imprescindibles para avanzar en la calidad, en la formación continua, en la adecuación a las nuevas exigencias y en la formación universitaria en general, que habiéndose hecho masiva obliga a formas de superación y a la búsqueda de nuevas místicas.

7-Implementación de medidas (como financiamientos, premios, programas, distinciones, asociaciones, etc.) que permitan avanzar en la constitución de un espacio intelectual unificado que sea un escenario notoriamente mayor que el de nuestras ciudades, provincias, estados o países. Esto facilitará (y obligará) a un despliegue mayor. Ya sabemos que los espacios pequeños llevan una doble maldición: la de su pequeñez y la de los estigmas aldeanos que lanzan sobre sus miembros.

8-Dignificación de la carrera docente que es fundamental para la producción, difusión y transmisión del conocimiento. La dignificación, por el salario y por las distinciones, es un asunto de seguridad cultural, económica y de nuestra comunidad más amplia. Aplicar exclusivamente criterios de mercado a las cuestiones de seguridad es cortoplacista y, a largo plazo, suicida.

9-Creación de instancias de diálogo entre intelectuales con diversos papeles en el proceso del conocimiento y procedentes de distintas áreas de la creación intelectual, con el fin de armonizar criterios y promover causas comunes.

10-Promoción de la creación de medios, instrumentos, instituciones, fondos y otras instancias que promuevan la adquisición y difusión del conocimiento, particularmente de carácter metanacional.

11-Creación de instancias de diálogo con otros agentes sociales, lugares claves para legitimar, financiar y transmitir el conocimiento; para madurar el “contrato científico-tecnológico”, ese donde unos producen

conocimiento y piden financiamiento y donde otros demandan conocimiento relevante y aportan financiamiento; y para aplicar los resultados en beneficio de la gente.

12-Promoción de la puesta en línea y en libre disposición de bancos de datos, archivos, acervos y otras fuentes de información claves para el desarrollo intelectual y cultural como para su democratización.

* * *

¿Cómo capitalizar el potencial ético, crítico, heurístico, de responsabilidad ciudadana, de sentido común y de innovación de los profesionales del conocimiento? ¿Cómo aprovechar todo esto en la transformación de la cultura académica latinoamericana?

En primer lugar ello requiere de una decisión, de una apuesta por la calidad. Esta decisión no es de una vez para siempre, sino que debe ser asumida cotidianamente, dando cada día un pequeño viraje de timón, para irse colocando en la dirección correcta. Por cierto, tampoco se trata de una cuestión puramente psíquica o espiritual sino que debe plasmarse en estructuras, instituciones, legislación, programas educacionales y hábitos de trabajo.

Si el mayor éxito de la región en las últimas décadas ha sido la democracia, podemos inspirarnos en eso. Sin duda el término de la Guerra Fría nos ayudó, pero tomemos igual en cuenta nuestro hastío y nuestro horror ante las dictaduras, nuestra decisión de renunciar a los salvacionismos y mesianismos, nuestro sentido común descreído de que los cambios de gobierno de cualquier signo nos traerían la felicidad a la vuelta de la esquina y, por cierto, nuestra consciente apuesta a la democracia. Esto ha salido bastante bien, incluso en países cuya trayectoria había sido lamentable, porque aunque ha continuado la inestabilidad política con algunos cambios bruscos, estos no han hecho desaparecer la democracia y han sido con mínima sangre.

La apuesta a la democracia ha estado acompañada de un plan para desarrollar y fortalecer la cultura democrática. En dicho plan se han embarcado los propios estados, las ONGs, las iglesias, los partidos, los organismos internacionales e incluso en algunos casos las propias fuerzas de seguridad. ¿No podríamos hacer algo parecido para mejorar nuestra cultura académica y educacional? ¿Cómo desarrollar y fortalecer una cultura de la calidad en los espacios de producción del conocimiento y proyectarlo desde allí hacia toda la sociedad?

Construir una cultura de la calidad no es una cuestión para la cual pueda ofrecerse simplemente una receta. Entiendo que es una tarea infinita en el tiempo y en sus modalidades, una tarea que tienen que llevar a cabo todas las instancias en que se desenvuelve gente de ciencia, técnica, investigación, estudiantado, profesorado e intelectualidad. Entiendo igualmente que las propias instituciones académicas, los gobiernos, las ONGs, las consultoras y los organismos internacionales podrán hacer su aporte.

Y ¿que significa “cultura de la calidad”? Nada más simple: asumir (de manera permanente, cotidiana y en todas las dimensiones) el criterio de subir el nivel. En este sentido la cuestión decisiva es la relación vergüenza-autoestima: el respeto por la propia firma. La propia firma debe ser la garantía de un trabajo de calidad. Quien no tiene vergüenza o autoestima pone su firma a cualquier cosa, faltándose el respeto.